



ENSUCIAR

Esta mañana nos ha llegado un burofax, ordenado por una vecina de la escalera, (el motivo a efectos de este café no viene al caso) y me ha llamado poderosamente la atención el tono en que está escrito: con párrafos enteros subrayados, frases en mayúscula y en negrita, afirmaciones amenazantes y ultimátums. Destila agresividad por todos los poros. Eso sí, está rematado con un hipócrita “les saluda atentamente”, antes de la firma de la abogada responsable de perpetrar el escrito.

Supongo que cuando quieres conseguir algo este es el juego: jerga legal, contundencia, amenazas y el membrete de un despacho de abogados, para que el asunto de miedo. Y supongo que funciona, porque habrá quien se amedrente. A mí me parece terrible, y me despierta mi peor lado.

Todos tenemos derecho a defender lo nuestro, por supuesto, y a reclamar lo que nos parezca oportuno. Pero ¿no podemos hacerlo con una mínima dosis de cordialidad? Porque, además, es que estamos hablando de vecinos que luego nos encontraremos inevitablemente en la escalera.

Detesto la agresividad. La detesto en mí cuando reactivamente se me escapa, y detesto observarla en los demás. Pero es que la agresividad premeditada y a consciencia (este burofax quien lo ha escrito lo ha hecho bien reflexionado, no es un acto reflejo) es pura violencia, es acoso.

Parece que en los tiempos que corren estamos haciendo de la pelea la norma de convivencia. Ya hace tiempo que ocurre en la política, y parece que se extiende a la sociedad. Y es algo que sólo podemos parar desde el comportamiento de cada uno, desde la consciencia de cómo queremos decirnos las cosas y cómo queremos convivir. Y qué ambientes queremos crear.

Ensuciamos el mundo con plásticos, con residuos y con basura, pero ¿Y las palabras? Pues las palabras también ensucian. Quizás más de lo que nos pensamos.